

CELCIT. Dramática Latinoamericana 418

INTIMIDAD ATÓMICA

un encuentro especial...

Leonardo Maldonado

PERSONAJES: M (1) / F (1)

Él

Ella

La artista (camisa/top y pollera larga suelta) y el actor (pantalón y musculosa negra) están sentados sobre unos puffs, rodeados de almohadones plateados. Él escucha música en un walkman. Ella lo mira desde el otro extremo. Él se quita los walkman y la mira. Al fondo, una pared rectangular, blanca (como si fuera una pantalla).

Él: Es terrible. Es una música perfecta. Te felicito.

Ella: Sos el primero que la escucha.

Él: Gracias.

Ella: ¿Qué escuchaste?

Él piensa.

Ella: No lo pienses.

Él: Música electrónica. Una particular música electrónica.... a veces tranquila y otras veces violenta.... sonidos naturales con efectos distorsionantes.... ecos...

delays... un coro africano... palabras en árabe y en francés, encastradas... un piano de iglesia... un arpa.

Ella: Nunca usamos un arpa.

Él: Trabajás el contrapunto. Cualquiera que conoce tu obra sabe que te interesan los contrastes.

Ella: ¿Por qué dijiste que sí?

Él: Porque me invitaste a dormir.

Ella: Me refiero al proyecto.

Él: Primero, porque me llamó la atención el aviso. Me gustaron las luces del hipervínculo. Luces extrañas...

Ella: Eso fue lo que te hizo venir. Lo que yo te pregunto... es porqué aceptaste.

Él: Porque estoy aburrido, porque nada tiene importancia, porque nada tiene sentido. Para hacer algo diferente, porque te admiro. Para pasar a la Historia. Para ser inmortal.

Ella: ¿Cuál es tu coeficiente?

Él: ¿Por qué lo preguntás? ¿Pensás que estoy loco?

Ella: Por si acaso.

Él: Podés quedarte tranquila, no tengo abogado. Firmo el contrato cuando quieras.

Ella: ¿Cuál es tu coeficiente?

Él: 138.

Ella: Y el circo, ¿qué pasa con el circo?

Él: Eso es lo que yo me pregunto, qué pasa con el circo.

Ella: ¿Querés hablar?

Él: No. Quiero que me cuentes, el proyecto.

Ella: ¿Qué querés saber?

Él: Creo que tengo derecho a saberlo todo.

Ella: ¿Tenés hambre?

Él: Un poco.

Ella va en busca de comida. En el trayecto toma una pastilla y le ofrece.

Ella: ¿Querés un Trivaliox?

Él: No, gracias. Lo tengo prohibido.

Ella: ¿Te hace mal?

Él: Es incompatible con el Diazepon Flex. ¿Tenés migraña seguido?

Ella: Por las tardes, un ratito.

Ella vuelve con comida (una especie de bocaditos/confites) y le ofrece.

Ella: Pollo al espiedo.

Él elige un bocado y lo ingiere.

Ella: A veces me pregunto si no sería más fácil abrir una cafetería. Levantarme a las siete de la mañana, preparar el desayuno a mis hijos, dejarlos en el colegio y abrir el negocio.

Él: Te gustan los niños.

Ella: ¿A qué mujer no le gustan?

Él: A una novia que tuve.

Ella: ¿Cuántas novias tuviste?

Él: ¿Cuántas te imaginás?

Ella: Una.

Él sonríe levemente dejando expirar un poco de aire.

Él: ¿Tenés agua?

Ella: Servíte. Estás en tu casa.

Él se pone de pie, se aleja hacia el pequeño bar y vuelve con una petaca con agua. Se sienta y bebe. Ella lo mira.

Él: ¿Por qué me mirás así?

Ella: No sé, sos raro. Sos el único que no me juzgaste. El único que no me dijo que esto era una locura.

Él: Entonces te lo digo: es una locura, ¡bombón!

Ella: Ya lo sé. Se me ocurrió hace dos años. Era invierno.

Él bebe otro trago.

Él: ¿Y cuántos actores se presentaron?

Ella: Vos solo.

El sonrío.

Él: Me alegro, me encanta ser único.

Ella: ¿Leíste los diarios ayer?

Él: No, soy analfabeto. (Mientras sonrío). ¿Te trataron muy mal?

Ella: No mucho peor que otras veces.

Él: A mí siempre me gustó lo que hiciste. Ví casi todas tus cosas.

Ella: ¿Qué no viste?

Él: “La hipófisis verde”.

Ella (sonríe): No te perdiste de nada.

Él: Sin embargo te dio renombre internacional.

Ella: Yo lo único que quiero... es hacer lo que quiero. Lo que pasa es que cada vez se pone más peligroso.

Él: ¿Sabés mucho de genética, no?

Ella: No, leo muchas enciclopedias. Soy autodidacta.

Él: Pero imagino que tendrás un equipo de gente que te ayude.

Ella: Hay alguien, sí.

Él: ¡¿Una sola persona?!

Ella: Sí. Una novia que tuve. Enfermera.

Pausa.

Ella: ¿Puedo examinarte?

Él: Podés hacer de mí lo que quieras.

Ella: Paráte.

El actor se pone de pie. Queda en el medio del escenario. La artista camina a su alrededor, lo examina.

Ella: ¿Cuánto pesás?

Él: 65.

Ella: ¿Cuánto medís?

Él: Uno setenta y ocho.

Ella: ¿Largo de brazo?

Él: 70... 75.

Ella: ¿Cintura?

Él: Creo que en forma.

Ella: ¿Glóbulos rojos?

Él: Un poco más de cinco millones.

Ella: ¿Blancos?

Él: 9024. Creo.

Ella: ¿Superficie craneana?

Él: Ni la más pálida idea.

Ella: ¿Cuándo fue la última vez que te hiciste una resonancia láser craneana?

Él: Hace tres años, creo.

Ella: ¿Cirugías?

Él: Nariz, rodilla, abdomen y papada. (Mientras traba los bíceps)

Ella: ¿Cuántos años tenés?

Él: ¿Y los bíceps, muñeca? ¿O me vas a decir que no te interesa saber cuánto peso pueden levantar estos preciosos musculitos míos? (Juega con los músculos).

Ella lo ignora y lo interrumpe.

Ella: ¿Nivel de triglicéridos?

Él: Estable.

Ella: ¿Colesterol?

Él: 150.

Ella: ¿Calzado?

Él: 41.

Ella: ¿Alguna vez hiciste un desnudo?

Él: Todos los días. En la ducha.

Ella (tras sonreír): Digo sobre un escenario.

Él: Ya sabés que estoy dispuesto a todo. (Se levanta la musculosa y deja ver su vientre chato)

Ella reanuda el paso, se acerca a él y coloca su mano sobre el estómago de él.

Ella: ¿Cuánto me dijiste que pesabas?

Él: Más abajo tengo un poquitito más de carne. Si te interesa...

Ella saca la mano y sigue caminando.

Ella: Con ustedes pasa siempre lo mismo. Me arrepiento de haberte ofrecido mi cama.

Él: Estaba muerto de sueño. Hacía tres días que te estaba buscando.

Ella: ¿Calzado?

Él: Ya me lo preguntaste.

Ella (rápido): ¿Eritrosedimentación?

Él: 5 mm/h.

Ahora ella está quieta y él camina hacia ella y a su alrededor.

Él: Ácido úrico, ¡perfecto!.... dientes, completitos.... prepucio, presente (hace reverencia)... gases, por las noches.... a ver qué más podría decirte para que completes tu ficha, para que me conozcas a fondo.... la superficie de mi ventrículo izquierdo... el color de mis ojos.... ¿tal vez mi nombre?

Ella: No. Tu nombre jamás.

Él: Es injusto.

Ella: De otro modo nunca podría.

Él: Tenés miedo.

Ella: En realidad tengo envidia.

Ella se aleja.

Él: ¿Leíste mi currículum?

Ella: Lo programé para que en mi pantalla no apareciera ningún nombre propio.

Él: ¿Qué software usaste?

Ella: El Nominis. La versión 9.4.

Él: Pensé que sólo lo usaba la policía.

Ella: Es una copia pirata.

Él: Hjjj... ahora vuelvo a apreciarte.

Ella: ¿Cuántos años tenés?

Él (sonriente): 117.

Ella: Sos joven...

Él: ¿Y belleza... pasé el examen de admisión, o no estoy apto para formar parte de tu nuevo, formidable, alucinógeno y atroz espectáculo?

Ella: En realidad te falta volumen, presencia corpórea.

Él: Es lo que conseguiste. Vas a tener que tomarme.

Ella: Tengo miedo de que con vos no se note el efecto final.

Él: Quedáte tranquila que todos lo van a ver perfectamente.

Ella: Todavía no hablamos de plata.

Él: Para qué la preciso.

Ella: ¿En serio estás dispuesto a hacerlo?

Él: Por mí lo haría mañana. O ahora mismo.

De pronto, instintivamente, ella corre hacia él y lo besa en la boca. Él queda perplejo. Cuando ella se da cuenta de lo que hizo, se suelta y lo mira. Después se aleja.

Ella: ¿Querés que te cuente cómo son las luces robóticas? Son importadas, de Hong Kong.

Él: En realidad preferiría saber por qué me besaste.

Ella se da vuelta y lo mira.

Ella: Ya te lo dije, lo que pasa es que no te das cuenta. Tengo celos de vos, de tu cuerpo, de tu destino en mi obra.

Él se acerca.

Él: A lo mejor podríamos hacerlo juntos.

Ella: No, dos sería grosero.

Ella lo esquiva. Camina hacia otro lado.

Ella: ¿Qué fue lo último que hiciste?

Él: “Desnudo integral, en otoño”. Markus Dragevic.

Ella: ¿Fue en la China, no?

Él: ¿Conocés?

Ella: Es mi lugar favorito. ¿Querés ver fotos?

Él: Me encantaría.

La mujer se aleja y vuelve con una especie de álbum fotográfico electrónico.

Ella: Mirá que son dos nada más.

Él: Está bien.

El hombre mira la primera foto y sonrío. Luego mira la otra.

Él: ¿Y éste quién es?

Ella: Un novio que tuve. Ruso.

Él: ¿Y qué pasó?

Ella: Lo de siempre.

Ella se aleja con la cámara. Luego regresa y se sienta.

Él: Ya es hora de que me cuentes un poco ¿no?

Ella: Primero quería decirte que te mentí. No fuiste el único que se presentó. Hubo otros.

Pausa.

Él: ¿Cuántos?

Ella: Siete. Se presentaron en estos días. Igual a uno ya lo descarté porque tiene depresión maniaco-nihilista. Y yo no quiero que lo haga por eso.

Él: ¿Y cómo sabes que tiene depresión maniaco-nihilista?

Ella: El imbécil me mostró la receta. Me suplicó, me rogó, se puso de rodillas... una imagen patética.

Él: ¿Y los otros seis?

Ella: Uno es muy lindo. Me daría vergüenza.

Él: ¿Y los otros cinco?

Ella: Uno es menor y vino obligado por la novia y por su familia.

Él: ¿Y los otros cuatro?

Ella: Estoy buscando a alguien que esté completamente convencido. Que le parezca un acontecimiento estético único e irrepetible. Que no busque dinero fácil ni gloria mundial. Que sienta que es la aventura más extraordinaria, salvífica, y poética de su vida.

Él: Pedís mucho.

Ella: Pido una entrega total.

Él: Yo estoy dispuesto a todo.

Ella: ¿Por qué lo harías? Quiero saber exactamente por qué lo harías.

Él: No desconfíes más y contame los detalles. Me muero de curiosidad.

Ella: Te veo lleno de vida.

Él: Soy un artista circense. (Pausa). Y tu hombre ideal.

Ella: Eso lo tengo que decidir yo.

Él: Ya lo hiciste. No hay duda de que voy a ser tu performer. Lo sé. Lo veo en tus ojos.

Ella: ¿Por qué estás tan seguro? Hace un ratito estabas muerto de miedo.

Él: Porque te puse en una paradoja.

Ella: ¿Por qué me seducís?

Él: ¡¿Qué yo te seduzco!?, ¡¿cuándo te seduje yo?! ¿Qué hice?

Ella: Trátame por favor de decirme algo interesante, algo que te distinga de los otros, algo que te diferencie del mundo. No me decepciones.

Él: Tenés los ojos brillosos.

Ella: ¿Por qué me seducís?

Él: Porque antes de que me mates en escena me gustaría hacerte el amor.

Pausa breve.

Ella: ¿Es el requisito que ponés?

Él: No me insultes, yo no soy de la mafia.

Ella: Entonces...

Él: Sería como para despedirme más o menos dignamente del mundo.

Ella: Entonces te daría lo mismo cualquiera.

Él: No. Ahora no.

Ella: ¿Cómo que ahora no?

Él: Después de tu beso, no.

Ella: Fue un impulso.

Él: Una irresistible atracción hacia mi cuerpo.

Ella: No, fue por lo que dijiste. Por tu decisión tan generosa.

Él se aleja. Ella se sienta.

Ella: ¿Vos viniste con la idea de acostarte conmigo?

Él: No, yo sólo vine con el objetivo de sumarme a tu obra. Lo otro es algo que se me ocurrió acá, después de tu beso.

Ella: ¡Maldigo el segundo en que te dí eso beso!

Él: En realidad te lo dije para impresionarte. Después de lo que me dijiste...

Ella: ¿Qué te dije?

Él: Que no fuera vulgar.

Ella: Yo nunca usé esa palabra, no me gusta.

Él: Lo dijiste, en otros términos.

Ella: No.

Él: Sí. Pensalo.

Pausa. Él se sienta.

Él: Igual, después de todo no estaría tan mal.

Ella: ¿Qué cosa?

Él: ¿Accederías?

Ella: No.

Él: ¿Por qué?

Ella: Me aburriría.

Él: ¡¿Perdón?! ¿Qué te hace pensar que conmigo no la pasarías brutal?

Ella: Lo que pasa es que se convertiría casi en un trámite, en un compromiso pautado y carente de sentido.

Él: Nada, en este puto mundo, mi amor, tiene sentido.

Ella: Yo no soy tu amor.

Él: Pero te gustaría.

Ella: No.

Él: Sí.

Ella: Sos un tonto.

Él: Y vos una tonta.

Ella: Y vos un tonto.

Pausa.

Ella: Y además ya sé que nada tiene sentido. Si no no haría lo que hago.

Pausa.

Él: ¿Cuántas veces lo hiciste? El amor. En total.

Ella: 429.167.

Pausa.

Él: ¿Sos un robot?

Desafiante, ella se levanta la pollera y permite que se le vea su bombacha negra.

Ella: ¿Y vos?

Él (desconcentrado): Yo tampoco soy un robot.

Ella deja caer la pollera.

Él: ¿Puedo servirme algo fuerte?

Ella: Mi bar está a tu entera disposición.

Él: ¿Sólo el bar?

Ella: Nunca te dijeron que sos un desubicado.

Él se aleja hacia el bar y vuelve con una petaca con licor.

Él: Sí, un novio que tuve. Bombero. Pero bombero a la vieja usanza. De esos que arriesgaban su vida.

Pausa. Él bebe.

Ella: Cuánto hace que no escuchaba esa palabra. “Vida”.

Él: La dijiste hace un rato.

Ella: Suena bien en vos. No te entiendo.

Él: Esta vez no voy a seguirte. Quiero que me cuentes todo, y ahora.

Ella: ¿Cuántas veces lo hiciste? El amor.

Él: ¿En total?

Ella: Sí.

Él: ¿Los casos grupales también valen, no?

Ella: ¡Obvio!

Él: Entonces... ¿Cuántas veces me dijiste vos?

Ella: 429.167.

Él: Ah... La... (hace gesto con la mano de masturbación) no cuenta, no?

Ella niega con la cabeza al tiempo que contrae el rostro.

Él: Entonces serían... a ver...

Ella: Qué pasa varón, ¿no sabés sumar?

Él: ¡349 veces menos que vos!

Ella: 428.818.

Él (confundido): Más, quise decir.

Ella: 429.516.

Él (tras pensar y sorprendido de la rapidez de ella): Eso, exacto. (Pausa). No es un mal número.

Ella: No.

Él: Tendríamos que jugarlo. A lo mejor...

Ella: Quizás.

Pausa. Ella cambia de tema bruscamente. Él vuelve a beber.

Ella: ¿Pensás que soy una asesina?

Él: No, ni vos pensás que yo soy un suicida. Eso es lo que te asusta de mí, y lo que me diferencia de los otros postulantes, esos actorcitos de cuarta.

Ella: ¿Viste la música que escuchaste?

Él: Sí.

Ella (entusiasmada): Se llama Alemania y la terminé de componer hace una semana. Todo el proceso me llevó como un año. En algunos momentos hay 167 pistas simultáneas. En África grabé el rugido de los leones y en Islandia el ruido de los geisers. Al coro franco-árabe lo bajé de internet. El corazón que late al final es el mío y la bomba es la de Nagasaki.

Él: Había un grito terrible.

Ella: Sí, el de una parturienta. La grabé en un hospital de Tailandia, junto con los últimos suspiros de dos o tres agonizantes de sida. El grito está superpuesto con los ruidos que el bebé genera en el líquido amniótico cuando se mueve.

Él: También había como un piano de iglesia.

Ella: Nôtre Dame.

Él: Y el sonido de un arpa.

Ella: No es un arpa. Son los ruidos del estómago de un chiquito con hambre, en el norte de Bohemia.

Él: ¿Cómo los tomaste?

Ella: Adentro del estómago, con un micrófono-sonda. Después le dimos de comer. Y murió a las tres horas.

Él: Es terrible.

Ella: Sí.

Él: Te costó mucho trabajar con ese sonido, ¿no?

Ella: Sí, pero más difícil fue el de la parturienta.

Pausa.

Él: ¿Por qué esta vez vas a actuar?

Ella: Porque el proyecto es muy personal.

Él: Te ví en “Numerarias” y no me gustaste. No te enojés.

Ella: El cilicio apenas me dejaba respirar.

Él: Es extraño que no te quedara ninguna marca.

Ella: Me operaron tres veces. Cirugía de vanguardia. Cada púa medía media pulgada.

Pausa.

Él: Clonaste conejos para magos pederastas... encerraste lluvia ácida en burbujas y las desparramaste sobre una pista de hielo donde unas pobres patinadoras hacían pruebas acrobáticas...

Ella: Sabían esquivarlas.

Él (establece una pausa tras cada palabra): Fotografiaste genitales traspasados por agujas.

Ella: Fue mi modo de protesta para instaurar el Día Mundial de la Himenplastía.

Él: ¿Qué buscás ahora?

Ella: Una metáfora del amor. Del platónico, del imposible y del consumado.

Él: ¿Y cómo me vas a matar?

Ella: Con mis propias manos.

Él: Me gusta. ¿Vas a estrangularme?

Ella: No, tengo poca fuerza en los brazos.

A cada propuesta de él, ella niega con la cabeza.

Él: ¿Me vas a envenenar el café con leche.... a atravesar el estómago con sables de doble filo.... a martirizar con veinte puñaladas en el pecho?

Ella: Es una acción más expeditiva, mucho más simple.

Él: ¿Un frígido disparo en la sien?

Ella: Tampoco.

Él: Ya sé, me vas a electrocutar en una bañera.... a desfigurar la cara con ácido muriático.

Ella: No, pero te aseguro que la vas a pasar... ¡bomba!

Él (entusiasmado): ¿Me vas a tirar granadas a los pies? ¿Las voy a tener que esquivar?

Ella: Algo parecido.

Él: Quiero detalles.

Ella: Voy a usar dinamita. La más pura y fina nitroglicerina del mercado negro universal.

Él (reflexivo): A ver si no entendí mal... me vas a cargar de explosivos y me vas a... (hace señas de “reventar”) pum!

Ella: Con un detonador de corta distancia.

Él (festeja): ¡Vamos! Uuuuuuhhhhhh!!!, vamos carajo, uuuuuuhhh!!!!

Él: Era lo que estaba buscando. Una obra que me noqueara.

Ella: ¿Estás contento?

Él: Mirá, tocáme el corazón. ¿Sentís cómo late? ¡Me vas a volar por el aire muñeca!, ¡me vas a hacer mierda! Esto hay que festejarlo. ¿Tenés champaña?

Ella: Whisky.

Él: Whisky está perfecto. (Va hacia atrás, al bar, en búsqueda de la petaca). Hace años y años que no me pongo bien pero bien en pedo.

Ella: ¿Y creés que esta ocasión lo amerita?

Él: ¡Más que ninguna, corazón!

Él bebe un trago y le ofrece.

Él: ¿Querés?

Ella niega con la cabeza. Él vuelve a beber.

Ella: ¿No te lo imaginabas?

Él: No. El aviso era muy escueto. “Busco versátil actor que desee morir en escena en nombre del amor”. Poesía pura.

Ella: ¿Y por qué pensaste entonces que la muerte era literal y no figurada?

Él: Porque abajo del texto estaba tu nombre (Bebe otro trago). ¿Cuántas bombas me vas a poner?

Ella: Ocho.

Él: ¿Todas tienen la misma potencia?

Ella: No.

Él: ¿Las vas a activar todas juntas?

Ella: Sí.

Él: ¿Y no preferirías desmembrarme de a poco... digo, primero me volás una pierna, después un brazo...

Ella: No, busco algo fugaz, impactante y armonioso.

Él: Es increíble. Mientras todo el mundo quiere prolongar la vida, vos preferís acortarla.

Ella: El Arte siempre, mi amor, se opuso a la Cultura.

Pausa.

Ella: Tres horas antes de salir a escena vas a ingerir 17 píldoras, que en realidad son cámaras de vídeo minúsculas, indestructibles. Nanotecnología. Cada una de

ellas se va a alojar en distintas partes de tu cuerpo y van a grabar el momento exacto del estallido.

Él: ¿Y la calidad es buena? No vaya a ser cosa que mis vísceras se vean espantosas, todas borrosas, deformes...

Ella: Quedáte tranquilo: la resolución es excelente.

Él: ¿Y qué vas a hacer con todo ese material?

Ella: Un video-clip de un minuto.

Pausa.

Él: ¿Cuándo lo vamos a hacer?

Ella: El próximo San Valentín.

Él: ¿Dónde?

Ella: Al aire libre, en la Plaza de la Paz, en las escalinatas. Localidades: 1843. 7200 cada una. Transmisión en vivo y en directo, para el espacio y para el mundo. Televisión, internet, telefonía móvil, calculadoras láser, relojes intelectuales, lentes de sol, lsd, etcétera, etcétera, etcétera. (Pausa breve). Y no se suspende por lluvia.

Él: ¿Duración total?

Ella: 7 minutos 23 segundos.

Él: ¿Empieza con Alemania?

Ella: Sí, mientras hacemos unos pequeños pasos de baile.

Él: ¿Vos creaste la coreografía?

Ella: No, una novia que tuve. Bailarina, obvio. Mañana en la PC te muestro la simulación, es perfecta.

Él: Estaría buenísimo que la fauna más ilustre de nuestra cultura universal estuviera sentada en primera fila. Presidentes, ministros, intendentes, abogados, militares, actores de moda, jueces, periodistas. Imagínatelos al final, aplaudiendo de pie como unos desaforados... (lo hace) salpicados con mi sangre y mi carne de pies a cabeza.

Ella: Va a ser tal cual lo dijiste. Ya está todo pensado.

Él: Sos un monstruo.

Ella: Al principio se me había ocurrido que toda la acción podía transcurrir en el marco de una telenovela. Dos seres despreciables, interpretados por dos actores mediocres, en medio de una discusión patética, hablando del amor con parlamentos deplorables.

Él: No es una mala idea.

Él se da vuelta de modo brusco y comienzan a jugar a la “telenovela”. Cambia el registro de actuación.

Él: Aunque seamos hijos de la misma madre, Cristina María, no pienso renunciar a tu amor.

Ella: ¿No te fue suficiente una noche de lujuria y pasión, Ignacio José?

Él: Sabes muy bien Cristina María que yo sin tí no podría soportar vivir un solo día más.

Ella: Por eso mismo Ignacio José, para acabar con tus tormentos, he decidido aniquilarte.

Él: ¡Pero Cristina María!, ¡llevas un hijo mío en tu vientre! (se toca el vientre de él).

Ella: Esto (toca vientre de él) es lo único que me bastará para recordar tu amor incestuoso.

Él: Quítame la vida entonces, si eso te hace feliz.

Ella: Recuérdame siempre como esa mujer que te ha amado en silencio y sin reservas.

Él: ¡Adiós mundo cruel!, me despido de tí con el sabor del último beso de mi amada.

Ella: Era algo más o menos así, pero un poquitín menos sobreactuado y con diálogos más inteligentes.

Él: Entonces no era digno de la tele.

Ella: Después cambié inmediatamente de idea. Apareció Alemania, la coreo, las luces.

Él: ¿La detonación estuvo siempre?

Ella: Es el motor y la vedette.

Él (concluyente): Y el ser que explotaba siempre fue un hombre.

Ella: Mjú. (Asiente). Las verdaderas mujeres somos capaces de hacer cualquier cosa.

Él: ¿Cómo te vas a mostrar?

Ella: Inexorable. Caliente, fría. Busco una mujer impiadosa con el amor de su vida. Quiero que parezca que triunfa. (Pausa). Busco un espectáculo picaresco pero que no llegue al grotesco. Un show banal, pero no vulgar. Superficial, pero no mediocre. Mundano, pero no popular. Y aunque todo el mundo piense lo

contrario, va a ser una performance sensacional y no sensacionalista. Oscura, pero no tétrica. El secreto está en la esencia.

Él: Y la esencia es preciosa, además de irrefutable. (Pausa). Imagino que no te importa si nadie lo entiende.

Ella: Ya me cansé de dar explicaciones.

Pausa breve.

Él: ¿Y yo voy a estar desnudito, no? Digo: indefenso, frágil, vulnerable. Enamorado.

Ella: Al principio pensé en un traje militar, pero en seguida advertí que se podía confundir con una especie de inmolación terrorista o fundamentalista.

Él: Lo cual significa que voy a estar con el pitulín al aire...

Ella: Me dijiste que estabas dispuesto a todo.

Él: Se te va a complicar el sistema de los explosivos. No vas a tener de donde colgarlos.

Ella: Supongo que un gancho voy a tener.

Él: Y eso que no tomaste nada, picarona...

Ella: Me alegra mucho que estés tan entusiasmado.

Él: Y a mí me alegra que me hayas elegido. (Bebe). ¿Y tu vestido cómo va a ser? ¿Glamoroso, retro, gótico o místico?

Ella: Peligroso.

Él la mira y vuelve a beber.

Él: Va a ser mejor que me vaya.

Ella: Nos vemos mañana.

Él le da la petaca, la besa en la mejilla y sale. Ella lo mira irse. Queda pensativa. Mira la botella y bebe un trago; luego, la coloca en el bar. Camina. Acomoda los almohadones, junta los restos de comida y las otras petacas y las lleva al bar. Allí se desabrocha la camisa que lleva puesta (usa corpiño) y luego se pone una musculosa clara. El actor, con el mismo pantalón pero con musculosa negra, aparece del otro costado del escenario (no de donde se supone que está la puerta de entrada a la casa); viene de otra habitación.

Él: Tenés una linda vista.

Ella: Sobre todo en primavera.

Él: ¿Yo dormí en tu cama, no?

Ella: Fue lo que me pediste apenas te abrí la puerta. “¡Quiero tu cama!”, y me diste el currículum.

Él: Tres días enteros te estuve buscando. Aunque es verdad que podría haberte dicho “hola” primero. ¿Me perdonás?

Ella: Dormiste como un bebé.

Él: ¿Te acostaste a mi lado?

Ella: Tengo un diván en el altillo, lo acabás de ver.

Él: Nunca pensé que vivieras en esta ala de la ciudad, fue la última que probé.

Ella: No me gusta que me molesten.

Él: Imaginaba que tu casa iba a ser robótica. No sé, estrambótica, psicodélica. Paredes de acrílico con hologramas interactivos.... peces carnívoros con rostros de jirafas en una fuente de cristal líquido... no sé, un timbre de siliconas que al presionarlo me diera corriente eléctrica... cosas por el estilo.

Ella: Te decepciona.

Él: En realidad me aburre.

Ella: ¿Y cómo es tu casa?

Él: Una pocilga apestosa. Pero al menos tiene algo de onda.

Ella: ¿Qué tipo de onda?

Él: Las paredes son amarillas, por ejemplo.

Ella: Lo que pasa es que todavía no viste nada.

Él: ¿Y qué tenés para ofrecerme?

Ella: Una vista al lugar donde pasaste la mejor noche de tu vida, por ejemplo.

Él: ¿A la Banda Oriental?

Ella: Al hotel que más te guste.

Él: ¿Cómo sabés que es un hotel?

Ella: O al que más te asuste.

Él: ¿Cómo sabés que es mi hotel favorito?

Ella: Menos averigua Dios y perdona.

Él: ¿Sos creyente?

Ella: Soy espía.

Él (probándola): ¿En que suite me hospedé?

Ella: Yo sólo puedo ofrecerte mi Edipo.

Él: ¿Dónde está?

Ella: Tres pasos para atrás y quince a tu derecha. Si no me mentiste con tu estatura y tu masa muscular, ni un paso más ni uno menos.

Él realiza los 3 pasos hacia atrás y comienza a dar el resto; sale por bambalinas. Vuelve mirando una especie de espejo de mano, concentrado. La mira.

Él (asombrado): ¿Esto lo inventaste vos?

Ella: No, un novio que tuve. Ingeniero nuclear, parapsicólogo. Basta que pienses en un lugar y mires la pantalla.

Él lo hace, pero no funciona.

Ella: Sólo funciona una vez por día. Por persona. Nada es perfecto.

Él vuelve a intentar. Ella se prepara para tomar una pastilla. Toma un frasco y la ingiere.

Ella: Si yo quiero... las paredes y el techo pueden reflejar en colores el estado de mi alma. Basta que diga la palabra “montaña” para que aquella pared me muestre los Alpes. ¿Ves estos almohadones de hechura tan simple y de forma tan

ordinaria...? (le arroja uno), miden la temperatura corporal y dejan pasar el frío o el calor para que la carne se sienta en el clima más apropiado.

Él: Entonces es una casa inteligente.

Ella: No, es una casa sensible. Pero ahora está desactivada.

Él: Tenías miedo de que conociera tu alma.

Ella le quita el espejo.

Ella: No. No quería que corrieras con desventaja. (Concentrada en el espejo). Quería conocerte por mí misma, y no por lo que mi casa me dijera de vos.

Él: O sea que también puede dar cuenta de lo que siente y piensa un invitado.

Ella: Sí.

Él se da cuenta de que ella está concentrada en el espejo.

Él: ¿Qué deseaste?

Ella: Nada.

Él: ¿Puedo ver?

Ella: Te vas a arrepentir.

Él se acerca y ella le ofrece el espejo. Él mira y luego se lo pasa. Ella vuelve a mirar. Él se aleja.

Él: Quiero que actives la casa. Quiero distraerme.

Ella: ¿Querés que juguemos a inventar neologismos futuristas?

Él: Preferiría que jugáramos al doctor.

Ella: Yo estoy muy sanita.

Él: Nadie dijo que ibas a ser la paciente.

Ella: Jugar en mi casa puede ser muy peligroso.

Él: ¡Uhhh!, me muero de miedo.

Ella (desafiante): Colores... música... u olores...

Él: ¡Música!

Ella: Música... ¡activada!

Pausa.

Él: No escucho nada.

Ella ríe.

Ella: Movéte, girá, bailá y sé perceptivo.

Él: ¿Puedo crear mi propia música?

Ella: Tenés cuatro minutos. Sorprendeme.

Él: ¿Es un desafío?

Ella: No, es una amenaza.

Él sonríe y comienza a bailar. Luego de un tiempo, él la invita a bailar con el dedo y ella acepta. Bailan. Coreografía. Al final, sexy, terminan muy juntos y riendo.

Ella: Viste que no era tan aburrida mi casa.

Él se va acercando a ella.

Él: Esto quiere decir que si yo te abrazara, las paredes podrían ponerse coloradas.

Ella: Por ejemplo.

Él: Y si te apretara, se podrían escuchar los alborotados latidos de tu corazón perturbado.

Ella no responde.

Él: Y si te desnudara...

Ella: Va a ser mejor que te vayas. Quedan pocas semanas para ultimar los detalles.

Él: Atómica.

Ella: Vas a dormir más cómodo en tu cama.

Él (insinuante): ¿Solo? No lo creo.

Ella: Por qué me conquistás, por qué querés penetrarme.

Él: Será mi naturaleza humana.

Ella: Sos cruel.

Él: Ensayamos mañana.

Él sale. Apenas lo hace, ella queda furiosa. Camina por la casa de un lado a otro; toma el frasco con pastillas, toma 3 o 4 y luego lo tira. De pronto, ella se detiene y mira hacia delante, hacia un punto fijo, pero como mirando la nada, diciendo:

Ella: Proceso de desenamoramiento.... ¡activado!

Dos haces de luz de cada lado del escenario se ciernen sobre ella al mismo tiempo que se escucha un golpe de música. Tras unos segundos, las luces vuelven a la normalidad y ella sale (hacia una habitación de la casa). El escenario queda vacío unos diez o doce segundos. El actor, con otro pantalón y una camisa manga corta, entra por la puerta de entrada: hace malabares con clavijas o juegos acrobáticos. Ella, con un pantalón y una remerita, entra del otro lado y toma un pincel para pintarse el tobillo a la moda.

Él ingresa y toma una cámara fotográfica para tomarle una foto.

Él: ¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta?

Ella: Depende...

Él: ¿Cuántos años tenés?

Ella: Trece

Él: Mentirosa.

Ella: Yo diría coqueta.

El joven toma fotografías a la artista mientras ella se pinta el tobillo.

Ella: Biomedicaments Gen Chateau decidió retirarse. Argumentan que el espectáculo afectaría la honorabilidad del laboratorio. Les encanta que te vuele en mil pedazos pero no soportan que estés en pelotas. Les aterra. (Pausa). Igual es probable que estés vestido. De pies a cabeza. De dorado. Látex. Inmóvil. (Pausa). En realidad estoy redefiniendo un montón de cosas. Incluso Alemania. Que quizás sea Venecia, o París.

Él: Oh - lá - lá.

Pausa.

Ella: Averigüé por ahí que hiciste escapismo virtual.

Él: No sabés mi nombre.

Ella: Conozco mejores métodos para averiguar antecedentes.

Él: ¿Quién te lo dijo? ¿Un novio que tuviste?

Ella: Una prima celosa.

Él: Es una rara mezcla entre técnica, anatomía, arte y control mental. En el fondo no deja de ser un truco de magia. Ingenioso.

Ella: Sólo los androides pueden hacerlo.

Él: Y diez humanos en todo el universo.

Ella: Después de todo tengo derecho a desconfiar. Quién no lo hace hoy en día. Además vos también me acusaste.

Él: ¿Qué ser humano normal y en sus cabales podría saber con tremenda exactitud la cantidad de veces que se acostó con sus amantes fortuitos?

Ella: Vos también respondiste.

Él: Pude haberte mentado. (Pausa). Habría que estar programado...

Ella: O ser especial. Algunos trogloditas todavía utilizan la libreta de mano para los gastos del “almacén” (hace gesto del entrecomillado). Yo prefiero reservarle un destino más creativo, digamos erótico. Está sobre la mesa de luz. En mi cuarto. Forrada de rosa. Podés chequear cada cruz.

Él (sonriendo): ¿De rosa?

Ella: “Soy una nena”.

Él: Tu mejor instalación. Gigantografías imantadas sobre paneles de acero deslizándose al ritmo del viento de un molino de cuatro aspas recreado en un holograma. Decenas y decenas de enormes fotos tuyas en píxeles casi invisibles. Hacía muchísimo tiempo que la tecnología no me dejaba tan embobado.

Ella: Estaba desnuda.

Él: Y platinada.

Ella: Era una crítica a las rubias. Y en particular a una novia que tuve.

Él: Me hubiera encantado ser esa rubia.

Ella: ¿Dónde viste la muestra?

Él: En Marte.

Ella: Me encanta Marte.

Él: ¿Qué te gusta amarme?

Ella: Que me encanta Marte.

Pausa.

Ella: ¿Morirías por mí?

Él: No. Sólo lo haría por el arte. Y porque adhiero sin reservas a tu inefable teoría del amor. ¿Te decepciona?

Ella: ¿Soy una mujer, no?

Él sonríe.

Ella: ¿De qué te reís?

Él: De nada.

Ella: De algo te estarás riendo.

Él: Nada importante.

Ella: No te creo.

Él: No me creas.

Él sonríe con ahínco.

Ella: Te estás riendo de mí.

Él: Hace un rato dijiste que eras una nena. Crecés rápido.

Ella: Sos un tonto.

Él: Chocolate por la noticia.

Ella: Um, ¡qué antigüedad!

Pausa. Ella va por una pastilla.

Ella: ¿Tomaste tu Kotrilab?

Él: No.

Ella le acerca una y ambos ingieren sus pastillas.

Él: ¿Sabés cuáles son las píldoras que más se venden en el mercado?

Ella: Imagino que son las que tienen que ver con el sexo, con el goce.

Él: El 77 % de los hombres y el 82 % de las mujeres del planeta las consume casi a diario.

Ella: ¿Tu novia las tomaba?

Él: A veces. A mí me producían el efecto contrario.

Ella: A mí me alteraban los niveles de la melanicortina.

Él: A mi novia los de la apomorfina. (Pausa).

Él: ¿Qué invento inútil, no?

Ella: Sí. Sobre todo para los que se aman.

Ella toma un control remoto y enciende una pantalla imaginaria (donde está el público). Se sienta delante de la mesita para observarla; él se sienta detrás.

Ella: ¿Dónde la conociste? A tu novia.

Él: En el espacio.

Ella: Guau, ¡qué romántico!, ¿fue en un tour?

Él: En un funeral. Su abuelo paterno siempre había querido que sus restos mortales fueran esparcidos en la Vía Láctea.

Ella: ¿Y vos qué hacías en el espacio?

Él: Una changuita. O laburaba en la tele o en Sepelios La Osa Mayor.

Ella: ¿Y qué hacías exactamente?

Él: Empecé sirviendo café y terminé apretando el botón que expulsaba las cenizas.

Ella: ¿Ganabas bien?

Él: Más o menos.

Ella: ¿Y cuándo supiste que yo existía?

Él: Por un novio que tuve. Guardabosque.

Ella: ¿Guardabosque?! Yo también tuve un novio guardabosque. A lo mejor es el mismo.

Él: El mundo es tan chico.

Ella: ¿Cómo era tu chico?

Él: Alto, canoso, inmaduro.

Ella: Entonces no.

Él: ¿Cómo te gustan los hombres?

Ella: Rubios, sin tatuajes y con pancita.

Él: Qué bueno saber que encajo perfectamente dentro de tus parámetros. (Pausa). ¿Y las mujeres?

Ella: Uff... con las mujeres es más complicado...

Él: ¡¿No me digas?! ¿Por qué creés que sólo tuve una novia? (al decir “una” hace gesto de fuck you)

Ella: Dejáme pensar...

Él: No lo pienses.

Ella no le hace caso.

Ella: Caprichosas.... tontas, definitivamente tontas... y pelirrojas.

Él: ¿Y tetonas?

Ella (sonriendo): Tetonas.

Pausa.

Él: ¿Cuál fue tu mejor noche? ¿Con un hombre o con una mujer?

Ella: Era invierno.

Él: Hace dos años.

Ella: Fue mi mejor orgasmo. Tuve una visión. La visión de esta obra.

Él: No me respondiste.

Ella: Éramos tres. Y eso es todo lo que voy a decirte.

Él: Entonces podrías contarme tu próximo proyecto.

Ella: Es un secreto.

Él: Me lo voy a llevar a la tumba.

Ella: Tengo una idea muy vaga.

Él: Contáme.

Ella: No.

Él: Dale.

Ella: No insistas.

Él (amenazante, pícaro): Mirá que me desnudo.

Ella: Desnudate.

Él: ¡Juguemos a inventar neologismos futuristas!

Ella hace seña con la mano de que él “arrugó”.

Ella: Al final sos como todos los hombres. Te dormís en amenazas promisorias.

Él: Decime una palabra que hace mucho no uses. Un verbo.

Ella: Lamer.

Él: ¡Qué rapidez de pensamiento!

Ella: Yo diría más bien: avidez de sensaciones.

Él: Me estás provocando.

Ella se le acerca.

Ella: Quiero acostarme con vos. La noche antes de que te explote. En la Banda Oriental.

Él: Me confesaste que te gustaban los rubios sin tatuajes y con pancita.

Ella: Soy contradictoria.

Él: Que no querías que fuera un trámite, un compromiso pautado y carente de sentido.

Ella: No tiene por qué ser así.

Él: Sólo te falta decirme que estás enamorada.

Ella: Tenés miedo.

Él: Sos de esa clase de mujeres que puede volver loco a cualquier pobre diablo.

Ella: ¿Y qué pasaría si fuera yo la que sucumbiera... si cayera rendida a tus pies, y si por el coito mitológico que vamos a tener... decidiera cancelar el proyecto?

Él: Te abandonaría. A los dos días, al mes, al año.

Ella: ¿Y qué harías sin mí?

Él: Buscaría al primer “artista” (hace gesto del entrecomillado) mediocre y sin talento que decidiera imitarte, está lleno. O seguiría viviendo como hasta ahora. (Pausa) ¿Qué pasa?, ¿vas a rendirte ahora?

Ella: En realidad no veo la hora de detonarte. Pero antes quiero ser tu segunda y última novia. ¿Te acordás de Alemania? Va a cambiar. Quiero que mi espectáculo empiece con una tormenta de gemidos. Los nuestros.

Él: Me encanta que seas tan indirecta.

Ella: Detesto los eufemismos, ¡bombón!

Él (se acerca): Mirá que en la cama puedo ser muy explosivo.

Ella: No sé por qué tengo la idiota y cursi tentación de decir que si no hubiera elegido ser artista hubiera sido la peor de las putas.

Él: O la mejor.

Ella: A vos te viene bien cualquier cosa.

Él: No después de tu beso.

Él la besa en la boca.

Ella: ¿Qué vestido te excita a morir?

Él: Los kimonos.

Ella: ¿Pretendés que me ponga uno?

Él: Transparente.

Ella: Ayer pedí que el colchón fuera de agua. Y el ambiente bizantino.

Él: Yo voy a sorprenderte con una música exótica.

Ella: Ya sé, mantras de la India.

Él: No. Cumbia coreana.

Sonríen.

Ella: El viernes que viene. A las ocho y treinta y cinco pm. Suite Imperial. (Pausa). Los micrófonos van a estar instalados. Se lo pedí a un novio que tuve. Electricista, DJ. Animó mi fiesta de quince.

Él: Lo tenías todo planeado.

Ella: Soy una máquina perfecta.

Ella lo besa en la boca.

Ella: Chau.

Él: Chau.

Él la besa en la boca.

Él: Chau.

Ella: Chau.

Él se da vuelta y atina a salir. Ella lo llama.

Ella: ¡Ey!

Él se da vuelta.

Ella: ¿Cómo te llamás?

Él sonríe, se acerca y le responde al oído. Ella sonríe.

Ella: Es precioso.

Ella lo vuelve a besar en la boca.

Ella: Chau

Él: Chau.

Él sale. Ella queda contenta, sonriente. Se lleva una uña a la boca, pensativa. De pronto, una música electrónica comienza a sonar: ella corre hacia los almohadones y los corre/tira hacia el fondo del escenario. Del mismo lado de donde salió, entra él y la ayuda a desalojar la poca escenografía (los puffs, la mesita, el minibar). Lo hacen como jugando, con saltitos. Al final se enfrentan en un golpe de música y cada uno sale para otro lado. Todo sucede muy rápido. Silencio. Escenario vacío.

De pronto, la pared blanca del fondo se convierte en una pantalla. Comienza a verse una proyección. En ella se da la bienvenida al público a **Atómica**, el espectáculo. En varios idiomas aparece escrito “Señoras y señores”. La música que acompaña el video es electrónica. Pasan imágenes veloces, psicodélicas. Hay escritas frases cursis de tono romántico; algunas son graciosas. Pasan fotos congeladas de inscripciones que la gente hace en la calle, en la arena de la playa; frases tales como “Sos mi vida”, “Te extraño”. En un momento aparece una foto con la fachada de La Banda Oriental. Se escuchan los gemidos de los actores mientras hacen el amor. Todo el clip duraría unos 3 minutos.

De pronto, aún con las imágenes de fondo, aparece la artista. Entra vestida como si fuera una de las chicas que en los juegos de box suben al ring entre cada round: lleva un mini pantalón rojo, botas altas y un top negro con cuello levantado que tiene como púas hacia afuera. Lleva purpurina y un peinado salvaje. Como las chicas del box, entra con un cartel en las manos: *Amour Fou*, fileteado. Cuelga el cartel en alguna parte. Ya instalada, desde un costado del escenario hace el gesto de mover el índice para llamar a alguien. Del otro lado aparece el actor, con un short-calza negra y especies de muñequeras en los brazos y piernas, también negras. El actor entra empujando la bomba y la deja. Hacen una pequeña y simple coreografía. En adelante, parecería que fueran

magos (ella) y asistente (él). Ella gira la bomba y el público puede ver la marca: *Acme*. El actor se coloca cerca de la pantalla (donde ya la película no se proyecta), se para sobre lo que antes era la mesita, que quedó allí acomodada. Ella se acerca y comienza a engancharle en las “muñequeras” los cables de la bomba, uno por uno, sonriente. Todo el tiempo, ambos tienen en cuenta que hay un público presente. Al final, una música de suspenso acompaña la acción. El actor está absolutamente contento, levanta los brazos, como en señal de triunfo, listo para ser despedazado. Ella, que queda de espaldas a él, se agarra al detonador, mira al público y respira profundo. Luego, de un empujón certero y violento, acciona el disparador y lo detona. Ruido de fuerte explosión al tiempo que finaliza la música y las luces van a negro de modo vertiginoso.

Leonardo Maldonado. Correo electrónico: leomaldonado01@hotmail.com

Todos los derechos reservados.

Buenos Aires. 2014

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar

Correo electrónico: correo@celcit.org.ar

